

Ralph Miliband
**Bettelheim y la
experiencia soviética**
Libros

En el prefacio a *Las luchas de clases en la URSS 1917-1923*, Charles Bettelheim señala que ha estudiado a la URSS durante casi cuarenta años; y que hasta poco tiempo después del XX Congreso del Partido en 1956, no veía ninguna razón, afirma, que impidiera a la URSS proseguir lo que él había siempre considerado como su progreso hacia el socialismo y el comunismo, a pesar de los "problemas y contradicciones" del camino.¹ De hecho realmente pensaba que incluso el mismo XX Congreso del Partido demostraba que el PCUS era capaz de comprometerse en la autocrítica que exigía la rectificación de los "errores" cometidos. Desde entonces, Bettelheim ha cambiado de opinión; pero merece la pena subrayar cuán profundo ha sido el cambio. Porque ahora piensa que la URSS es un tipo peculiar de país capitalista (aunque no tan peculiar, puesto que "son las leyes de la acumulación capitalista — del beneficio, en consecuencia— las que determinan el empleo de los medios de producción")² y que este "capitalismo de Estado", está gobernado por una "burguesía de Estado" cuyo objetivo es la dominación interior y el imperialismo exterior. Sin embargo, Bettelheim no sugiere que esto sea el resultado de algún dramático cambio contrarrevolucionario, ocurrido en los últimos veinte años y pico, sino más bien que supone una drástica acentuación de ciertas tendencias presentes ya en la misma gestación de la Revolución Rusa. Intenta, en consecuencia, suministrar una serie de volúmenes, de los cuales éste es el primero, que narren y expliquen este proceso histórico.

Evidentemente, la tesis de que el desarrollo de la URSS, tras los primeros años revolucionarios, es el resultado lógico e inevitable de tendencias anteriores, no es ninguna novedad: de una u otra forma ésta ha sido la idea subyacente en muchos, si no en la mayoría, de los escritos sobre la materia, especialmente en aquellos de procedencias hostiles al bolchevismo y para los que el stalinismo, con todos sus horrores, era la consecuencia "inevitable" del leninismo o incluso del marxismo. Bettelheim, por su parte, escribe desde el punto de vista opuesto, es decir, desde lo que podríamos llamar una perspectiva china o maoísta. Las categorías que utiliza son, también y específicamente, aquellas que los líderes comunistas chinos utilizan en su descripción de la Unión Soviética de nuestros días.

¹ Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS*. Editorial siglo XXI, México, 1977.

² *Ibid.*, p. 38.

Bettelheim señala claramente que su opinión actual sobre la URSS y su evolución histórica se debe en gran parte a la influencia de la experiencia china, o a lo que él piensa que ha sido esta experiencia. Su obra es, en efecto, el intento "occidental" más ambicioso y totalizador por aplicar las categorías maoístas para dilucidar la historia soviética, para dilucidar, en el presente volumen, los primeros años de la experiencia soviética. Esto constituye el interés principal del libro, ya que, por otra parte, no representa ninguna contribución original al estado actual de los conocimientos históricos sobre esos años, y resulta de hecho extremadamente superficial. La obra debe ser juzgada como un ensayo de un cierto tipo de teoría e interpretación socialista; y debo decir ahora que, como tal, me parece un trabajo de ínfima calidad. También esto tiene su interés: Bettelheim es un reputado escritor socialista, y el hecho de que su libro tenga tan enormes debilidades puede decirnos algo sobre las categorías que utiliza, y que han llegado a disfrutar de un público bastante amplio. Además, los temas que trata son, actualmente, de considerable importancia y, por tanto, la discusión que de ella hace Bettelheim exige cuidadosa atención.

EL ECONOMICISMO

Bettelheim parte de la ya familiar proposición de que el error cardinal de todo el movimiento obrero, desde la Segunda Internacional, pasando por la historia de la Tercera y penetrando toda la experiencia soviética, ha sido el "economicismo". Este término ha llegado a ser utilizado de forma excesivamente vaga y arbitraria, pero Bettelheim lo interpreta otorgándole tres significados: primero, la idea de que la propiedad social de los medios de producción es sinónima de, o al menos produce necesariamente, la transformación socialista de las relaciones de producción. Segundo, la creencia (relacionada con lo anterior) en la "primacía" del desarrollo de las fuerzas productivas; en otras palabras, la suposición de que las relaciones socialistas de producción dependen, o deben ser precedidas, de la consecución de un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. El tercer error del economicismo, según esta versión del término, es la convicción de que con la abolición de la propiedad privada y la desaparición de los capitalistas, los aparatos de poder y, especialmente, el Estado cambian conjuntamente su carácter, llegando a reflejar o incluso a encarnar la dictadura del proletariado.

Bettelheim tiene razón, obviamente, al afirmar que éstas son deformaciones graves del marxismo. De hecho, la cuestión puede enfocarse de manera más general: literalmente, el economicismo es una forma de reduccionismo histórico y sociológico que condena al fracaso cualquier explicación o proyecto basado en él. Sin embargo, es preciso introducir dos

puntualizaciones en relación con la presentación que Bettelheim hace de la cuestión. Por una parte, resulta muy dudoso que la deformación economicista del marxismo fuese alguna vez tan burda y radical como él señala, incluso en los momentos de su mayor predominancia, es decir, la posición que adoptó, en gran parte con intenciones manipulatorias, la Tercera Internacional bajo la dirección o coacción de Stalin. El economicismo no debe convertirse en una explicación omnicomprendiva de fenómenos que requieren una investigación más profunda que la que una nueva denuncia permite. Con respecto al movimiento obrero anterior al stalinismo, la deformación economicista, aunque real, puede ser exagerada con facilidad. El segundo y más importante problema es que la denuncia del economicismo, en la versión de Bettelheim, puede transformarse fácilmente en una seria *subestimación* de la importancia de los factores económicos (que nunca son, obviamente, puramente "económicos", cualquiera que sea el significado de la expresión). Resultado evidente de esta subestimación es el inverso del economicismo, que algunas veces ha sido llamado voluntarismo.

En el contexto que nos ocupa, la subestimación proviene de una interpretación excesivamente optimista de la experiencia china. Así, Bettelheim pretende que "El ejemplo de China demuestra que no es necesario (y que en realidad, es peligroso) pretender construir primero las bases materiales de la sociedad socialista remitiendo *a más tarde* la transformación de las relaciones sociales, que serían así puestas en armonía con fuerzas productivas más elevadas"³

Sin embargo, no es cierto que la experiencia china "pruebe" nada tan concluyente como sugiere Bettelheim. Lo que demuestra es que el margen de innovación es mucho más amplio de lo que prescribía el dogma stalinista; y que, en diferentes terrenos, y en condiciones económicas altamente desfavorables, es posible todavía mucho más de lo que sugeriría una burda perspectiva economicista.

Hay que decir en honor de los chinos que ellos han sido bastante menos propensos que muchos de sus adoradores a subestimar o ignorar la importancia de los factores "económicos": ¿cómo podrían realmente hacerlo en un país dominado todavía por un subdesarrollo omnipresente? El mismo Bettelheim es muy consciente del significado del subdesarrollo; e intenta, por tanto, integrarlo en su marco de análisis mediante la afirmación de que el desarrollo de las fuerzas productivas y la transformación socialista de las relaciones de producción deben ser entendidos como "tareas conjuntas". Esto, afirma, es lo que expresa la

³ Ibid., p.35. Subrayado en el original.

fórmula "hacer la revolución y promover la producción" del Partido Comunista Chino.⁴ No obstante, fórmulas y consignas similares no resuelven los problemas teóricos, por no hablar de los prácticos, que plantea un escaso desarrollo de las fuerzas productivas para la creación de una sociedad socialista, cuestiones éstas muy distintas de la proclamación retórica de que esa sociedad ha sido creada, o va en camino de serlo, aquí, allí o en cualquier parte. Bettelheim advierte con pesar que Marx y Engels no siempre se vieron libres de lo que él considera pensamiento economicista. Sin embargo, en el sentido que él le da, no es economicismo percibir el grado de desarrollo de las fuerzas productivas como un factor limitante de la mayor importancia. Economicismo quiere decir que los límites que se fijan son tan estrechos que excluyen la posibilidad de innovación socialista; y posee todavía un significado más definido en la medida en que denota la creencia en que un elevado grado de desarrollo de las fuerzas productivas bajo una forma socializada de propiedad, produce necesaria y automáticamente relaciones socialistas de producción. *Más allá* de estos significados, el "economicismo", aunque no se le llame así, es un buen antídoto contra los sortilegios y el triunfalismo.

También podemos dudar de la corrección de la insistencia de Bettelheim, en la misma vena, a propósito de que la transformación de las formas jurídicas de propiedad resulta insuficiente para producir una transformación de las relaciones de producción. Cierto. Pero el desprecio hoy tan en boga, incluso entre los marxistas, hacia las "meras" medidas de nacionalización conlleva el riesgo de subestimar la importancia de tales medidas como una condición necesaria para el logro de cualquier objetivo ulterior. Nacionalizar no es socializar. Pero si la socialización quiere tener alguna probabilidad de éxito, requiere la transformación de las formas jurídicas de propiedad.

A pesar de todo, Bettelheim tiene razón al señalar la importancia de las relaciones socialistas de producción. Pero, podemos preguntarnos con razón, ¿qué es lo que realmente *quiere decir* con esto? Una de las grandes debilidades de su libro es su notable imprecisión a este respecto. En un determinado momento, define estas relaciones como "la forma del proceso social de apropiación" (lo que presumiblemente significa quién se apropia de qué y por qué) y "el lugar que la forma de este proceso asigna a los *agentes de la producción*", esto es, "las relaciones que entre éstos se establecen en la producción social" (presumiblemente quién hace qué y en qué condiciones).⁵ Pero esto, obviamente, no hace más que señalar las cuestiones que deben ser abordadas. Más aún, Bettelheim sitúa estas relaciones de producción dentro de una totali-

⁴ Ibid., p. 405.

⁵ Ibid., p. 13. Subrayado en el original.

dad de relaciones sociales, que son todas interdependientes y necesitan ser "revolucionarizadas" para crear una sociedad socialista.⁶ Lo que esto implica, apunta también, es la consecución de un orden social cuyas características principales sean la abolición de la división social entre las "funciones de dirección" y las "funciones de ejecución", de la separación entre el trabajo manual e intelectual, de la diferencia entre el campo y la ciudad y entre los obreros y los campesinos.

Así sea. Pero, como Bettelheim insiste repetidamente y con razón, éste está llamado a ser un largo, difícil y doloroso proceso (incluso suponiendo que sea posible su realización total). Mientras tanto, permanece planteada la cuestión de las relaciones socialistas de producción que deben ser consideradas parte integrante de ese largo, difícil y doloroso proceso. El problema fundamental consiste en poder determinar cuáles son los criterios que hacen posible juzgar si se están o no logrando avances, y cuánto más específicos sean los criterios, mejor.

Pero a este respecto, Bettelheim no da ninguna ayuda y de hecho no tiene nada que decir sobre cuáles son esos criterios. Nos dice que

al instaurar su poder de clase y al nacionalizar ciertas fábricas [sic], el proletariado adquiere la posibilidad —pero solamente la *posibilidad*— de revolucionarizar el proceso real de producción y, por tanto, de hacer surgir nuevas relaciones de producción, una nueva división social del trabajo y nuevas fuerzas productivas. En la medida en que esa tarea no se cumpla subsisten las antiguas relaciones capitalistas de producción, así como las formas de representación y de ideología bajo las que aparecen tales relaciones. En la medida en que esa tarea se encuentra en curso de realización, las antiguas relaciones son parcialmente transformadas, la *transición socialista* está en curso y puede hablarse de una "sociedad socialista".⁷

La razón por la que sería posible hablar de este "proceso de transición" como propio de una "sociedad socialista" no está clara. Pero aparte de esto, es obvio que la cuestión planteada anteriormente, esto es, qué cuestiones en términos institucionales o de otro tipo abarca de hecho el "proceso de transición", no ha sido contestada de ninguna forma. ¿Quién recibe qué? ¿Quién manda? ¿En qué condiciones? Bettelheim no lo sabe o no lo dice. Lo que afirma es que este proceso de transición conlleva una nueva "lucha de clases", cuya discusión a lo largo del texto no responde a ninguna de las cuestiones planteadas por las "relaciones socialistas de producción", pero que suscita una nueva serie de preguntas.

⁶ Ibid., p. 120.

⁷ Ibid., p 119. Subrayado en el original.

LA "BURGUESÍA DE ESTADO"

Al comienzo de su libro Bettelheim afirma que

la existencia de la dictadura del proletariado y de las formas estatales o colectivas de propiedad no basta para que queden "abolidas" las relaciones de producción capitalistas y para que "desaparezcan" las clases antagonistas: burguesía y proletariado. La burguesía puede revestir formas de existencia transformadas y principalmente la de una burguesía de Estado.⁸

A pesar de que este concepto de burguesía de Estado es de una importancia clave para su análisis no lo discute en detalle, y especifica que "no puede ser desarrollado aquí", no se sabe muy bien por qué.⁹

Sin embargo, dice que el concepto designa

a los agentes de reproducción social distintos de los productores inmediatos que —en razón del sistema de relaciones sociales existentes y de las prácticas sociales dominantes— tienen la *disposición efectiva de los medios de producción* y de los *productos* que pertenecen formalmente al Estado.¹⁰

En una nota a pie de página posterior explica también que, una vez consolidada, la burguesía de Estado se distingue por su relación con los medios de producción, su papel en la división social del trabajo, la parte que recibe de la riqueza producida y sus "prácticas de clase".¹¹

En éstas, como en otras muchas afirmaciones, Bettelheim da por hecho algo que debe ser demostrado o al menos argumentado —en este caso, la *existencia real* de una "burguesía de Estado", concepto que evoca una *formación de clase muy definida*, cuya naturaleza exacta *exige* ser especificada—. Pero lo exige en vano. Bettelheim parece haber retomado una versión bastante extrema de la tesis de la "nueva clase" y también parece situar la aparición de esta clase en los primeros días de la revolución bolchevique. Lo que parece estar

⁸ Ibid., p. 14

⁹ Ibid., p. 36. n. 54

¹⁰ Ibid., p. 36, n.54,. Subrayado en el original.

¹¹ Ibid., p. 149, n. 59. Más adelante utiliza también el término "burguesía de Estado" para designar la forma desarrollada de lo que ya existía en los primeros tiempos de la revolución bajo la forma embrional de la "burocracia" del Estado y del partido; y posteriormente la define como la "fracción dirigente" en la medida de que *"dispone del conjunto o de lo esencial de los medios de producción"*, y en que éstos funcionan sobre la base de *relaciones de producción capitalistas* (en particular, de la división capitalista del trabajo)" (pp. 285-86. Subrayado en el original).

sugiriendo es que allí donde existe una división del trabajo según la cual algunas personas situadas en el aparato del Estado o del partido ejercen una "función directiva", se constituyen en "burguesía de Estado", inmersa en una "lucha de clases" con el "proletariado". Como sociología del complejo proceso de estratificación y dominación que forma parte de la consolidación de los regímenes colectivistas, y especialmente de la Unión Soviética, esto difícilmente nos será útil. Tampoco mejora demasiado el "modelo" con las puntualizaciones que pueden extraerse de diversas partes del texto y que pueden detallarse como sigue.

En primer lugar, resultaría

totalmente erróneo —escribe Bettelheim— considerar que forman parte de la burguesía de Estado todos los que ocupan puestos de dirección (en los años posteriores a la revolución) en la industria o en los aparatos económicos y administrativos. [Porque algunos de estos puestos fueron ocupados] por comunistas que desarrollaron] lo más posible prácticas proletarias y ayuda [ron] a fondo a los trabajadores a liberarse de las relaciones burguesas y dar rienda suelta a sus iniciativas.¹²

Estos cuadros, que generalmente rechazaban salarios más altos que los de los obreros, no formaban parte de esta burguesía de Estado, sino del proletariado "al cuál están ideológica y materialmente integrados y del cuál, muy frecuentemente han salido."¹³

Sigue sin especificarse el contenido de estas prácticas proletarias. Pero la imagen que se presenta aquí es la de que uno u otro aparato de poder, son miembros de la burguesía de Estado, otros, *situados en los mismos aparatos de poder*, no lo son. Sin embargo, esto priva al concepto de burguesía de Estado de todo significado, excepto del más arbitrario y subjetivo. Salvo por las cuestiones salariales, fácilmente eludibles mediante pluses u otros recursos, la pertenencia a la burguesía de Estado depende de criterios que no se especifican en absoluto. O puede ser que estos criterios sean establecidos por una autoridad superior, en cuyo caso es obviamente posible ser comunista hoy, miembro de la burguesía de Estado mañana, o viceversa, en cualquier momento

Esta impresión de designación externa subjetiva se acentúa por la segunda puntualización que hace Bettelheim, esto es, la referente al partido revolucionario o más bien a algunos de sus elementos. Porque el "carácter proletario" del partido

no puede mantenerse duraderamente más que si la *unidad ideológica del partido se funda en*

¹² Ibid., p. 150.

¹³ Ibid., pp. 150-151.

los principios del marxismo revolucionario y si el partido funciona respetando estos principios, constituyendo así una vanguardia revolucionaria sostenida por las masas trabajadoras.¹⁴

Sin embargo, como Bettelheim no se molesta por explicar lo que esto implica, no hemos avanzado mucho. No obstante, lo que sí nos dice es que

la definición de la línea revolucionaria proletaria no puede depender, por tanto, de un simple "voto mayoritario", ni en una asamblea popular u obrera, ni en un Congreso del *partido* o en una reunión de su Comité Central. La experiencia muestra que *frente a una situación profundamente nueva*, por lo general sólo una minoría encuentra la vía justa, incluso en un partido proletario experimentado.¹⁵

Partiendo de esto, no debe extrañarnos que Bettelheim posea una idea bastante elástica de la dictadura del proletariado; y que no encuentre gran dificultad en identificarla, en los años posteriores a la revolución rusa, con la dictadura del partido, a pesar del aislamiento creciente de este último, de su "autonomización", a la que nos referiremos más tarde, y de la aparición de una burguesía de Estado. Una vez que la "línea correcta" se encuentra representada en una minoría, todo lo demás resulta fácil con tal, obviamente, que uno se identifique con ella o la apruebe.

Pero no es realmente en una minoría en lo que Bettelheim confía como medio para combatir la formación y consolidación de la burguesía de Estado. Es más bien —y esto es la tercera puntualización a su "modelo"— en un gran dirigente. Aunque no se explicita tan abiertamente, esto es lo que se deduce de la apoteosis que Bettelheim hace de Lenin después de 1917, en la que se le describe como guía omnisciente, provisto de un mecanismo autocorrector para aquellas raras ocasiones en las que cometía lo que podríamos llamar errores. Huelga añadir que la mayoría, si no es que la totalidad, de los errores reales fueron cometidos por otras personas y debido a una aplicación equivocada de las acertadas opiniones y política de Lenin.¹⁶

Desde esta perspectiva, Lenin es representado, bastante conscientemente, como el prototipo exacto del presidente Mao, en términos calcados de las descripciones que se suelen hacer del liderazgo de este último. Desgraciadamente, las fuerzas contra las que luchaba Lenin fueron

¹⁴ Ibid., p. 376. Subrayado en el original.

¹⁵ Ibid., p. 379. Subrayado en el original.

¹⁶ Ibid., p.p. 45-46, 4474-76 y passim.

demasiado poderosas para él, como igualmente lo fueron para el resto de las contratendencias, con el resultado de que la burguesía de Estado se desarrolló y consolidó su dominio. Antes de proseguir, merece la pena señalar que existe otra "contrafuerza" que Bettelheim menciona, a saber, la resistencia de los trabajadores que "constituye uno de los obstáculos que limitan las posibilidades de consolidación de una burguesía de Estado". Pero ésta es una forma "elemental" de la lucha de clases que en realidad no puede afectar la situación.¹⁷ Resulta muy notable y revelador que, a pesar de sus constantes referencias a la práctica proletaria y similares, Bettelheim se vuelve muy circunspecto y receloso cuando tropieza con este tipo de "lucha de clases". Tampoco tiene nada que decir sobre el modo en que podrían institucionalizarse las prácticas democráticas, lo que es absolutamente crucial. Todas las tendencias de su pensamiento lo conducen a confiar preferentemente en los "comunistas" situados en los aparatos de poder, en una minoría "concedora de la línea correcta" y en un dirigente inspirado y capaz de "nadar contra la corriente".

DEL LENINISMO AL STALINISMO

Como cualquier otro escritor de la revolución rusa de cualquier tendencia, Bettelheim señala la disminución de la base de apoyo de los bolcheviques, una vez superada la primera oleada de euforia revolucionaria. Pero es necesario decir que su exposición de este fenómeno no sólo no consigue aportar nada nuevo a lo que ya conocemos sobre él, sino que en varios aspectos importantes tiende a confundir nuestra comprensión de su significado. Podemos señalar aquí tres aspectos particularmente importantes de su exposición.

Para empezar, la apoteosis de Lenin es tan pronunciada que arroja sombra sobre todos los demás líderes bolcheviques del periodo que analizamos. El problema no es que esto sea una forma pobre o "injusta" de hacer historia, aunque es ambas cosas. Mucho más importante es que subestima grandemente el significado de los debates sostenidos durante estos años y el hecho de que intensas y *genuinas* polémicas, en que las partes antagónicas eran realmente escuchadas, tuvieron lugar en un periodo de crisis revolucionaria aguda y sobre cuestiones de importancia crucial. Gran parte, si no la totalidad del significado de este formidable hecho, desaparece en la exposición de Bettelheim y así se esfuma también la posibilidad de una apreciación correcta del carácter y naturaleza de la vida del partido bolchevique entre 1917 y 1921. Sin embargo, una apreciación correcta del periodo *posterior* exige recordar los debates de esos años; y también que el agudo endurecimiento de 1921 se consideraba como una medida temporal, exigida por las condiciones de crisis aguda y no se festejaba como un gran

¹⁷ Ibid., p. 150.

triunfo de la unidad del partido.

No resulta sorprendente que el significado de esos debates no figure en el análisis de Bettelheim y que conceda escasa importancia a las diversas tendencias del partido. Después de todo, si Lenin tenía siempre razón, todo aquel que se le opusiese o no le otorgase su apoyo inmediato y sin reservas debía estar siempre equivocado. Estos oponentes debían ser culpables de desviaciones derechistas o izquierdistas, o de una desviación derechista-izquierdista, y. de representar elementos pequeñoburgueses, o anarco-sindicalistas, o tendencias economicistas o cualquier otra cosa: en cualquier caso no podían ser tomados seriamente en cuenta.

En el índice de Bettelheim se hace referencia a Trotsky media docena de veces, algunas más a Bujarin y prácticamente ninguna otra figura revolucionaria, salvo Stalin, es digna de inclusión. De hecho, ninguna otra figura, aparte de Lenin, merece algo más que fugaces apariciones en la Historia, y cuando alguno aparece es sólo en tanto que miembro de las fuerzas que lo apoyaban (o se le oponían), en un drama en el que Lenin es el único individuo que aparece con claridad. No supone en absoluto minusvalorar la preeminencia de Lenin afirmar que esta es una manera absurda y engañosa de escribir la historia de esos años.¹⁸

En segundo lugar, y relacionada con esta forma de escribir, se encuentra la caracterización del fenómeno de "autonomización" del poder bolchevique en los años inmediatamente posteriores a la revolución. Bettelheim se refiere a las terribles calamidades de aquellos años, a la escasez, la enfermedad, la destrucción, la guerra civil, la invasión, que provocaron la muerte de siete millones y medio de personas como consecuencia de las epidemias, el hambre y el frío, y de otros cuatro millones durante la guerra. Estas circunstancias produjeron ciertamente una drástica disminución del apoyo a los bolcheviques, entonces en el poder, una fuerte centralización de ese poder durante su dominio y una desaparición paralela de los organismos de iniciativa popular —es decir, los soviets— que habían surgido en 1917. Tampoco es sorprendente que esta situación produjese también una vasta inflación de la burocracia, tanto en términos numéricos como de poder.

De todo este proceso poseemos ya abundante documentación. Sin embargo, Bettelheim tiene una opinión particular sobre el tema. Sostiene que ya entonces existía una burguesía de Estado en proceso de formación. Al final de su libro señala que la mayoría de los bolcheviques utilizaban la noción de burocracia y de deformación burocrática como sustitutivos de lo que él califica de análisis de clase, y ayudaron con ello a encubrir "las

¹⁸ Para una interesante comparación con el tratamiento de Bettelheim, puede verse la segunda parte de la obra de Marcel Liebman *Le léninisme sous Lénine*. Seuil, Paris, 1973.

relaciones políticas e ideológicas burguesas, de las que el fenómeno burocrático era tan sólo una manifestación". Aquí se mezclan dos cuestiones. La primera, que es válida, es que la "burocracia" y la "deformación burocrática" han sido excesivamente utilizadas en el análisis de la experiencia soviética y han servido de excusa conveniente para eludir una seria sociología de esta experiencia. La segunda cuestión, sin embargo, no se deduce de esto. Porque Bettelheim nos pide que adoptemos los conceptos de burguesía de Estado y de lucha de clases en vez de los de burocracia y deformación burocrática, sin ofrecernos ninguna justificación para ello. Es posible que debamos adoptar ese "modelo", pero no hay nada en el estudio que lo justifique y mucho menos en relación con los primeros años de la revolución.

Esto nos lleva al tercer aspecto, en cierta medida el más importante. Al situar una burguesía de Estado en proceso de formación en el periodo inicial de la revolución, Bettelheim sugiere que existe una vinculación directa entre este primer periodo y el periodo posterior, un desarrollo continuo, una línea ininterrumpida, que se extiende desde 1917 en adelante y abarca al leninismo y al stalinismo como partes de un único proceso evolutivo.

Pero esta es una perspectiva fatalmente engañosa. Porque existe un abismo de diferencias entre el periodo de Lenin y el de Stalin; y hay pocas cosas más importantes para la historiografía socialista que marcar muy claramente la *ruptura* entre leninismo y stalinismo, no porque resulte políticamente conveniente, sino porque es históricamente verdad. En su exposición, Bettelheim hace exactamente lo contrario, por razones que resultan claras en la introducción a su libro y que tienen relación con su opinión sobre el papel desempeñado por Stalin.

En esta introducción, Bettelheim nos dice:

la perseverancia de Stalin y su rigor inflexible en la aplicación de medidas basadas en concepciones que eran tanto suyas como de la casi totalidad del partido, incluida la mayoría de los que se oponían a una u otra medida concreta.¹⁹

Igualmente ocurría con los diversos y conflictivos elementos de la oposición antistalinista: exceptuando esta o aquella medida concreta, estaban *realmente* de acuerdo con Stalin. Más aún, la "casi totalidad del partido" estaba de acuerdo con él porque de hecho estaba aplicando la "tesis leninista" del socialismo en un solo país, renovando así la confianza del partido y los trabajadores en sí mismos.²⁰

Este tipo de lenguaje resulta ciertamente familiar: en una época sirvió para adormecer la

¹⁹ Ibid., p. 32.

²⁰ Ibid., p. 32-33.

sensibilidad política y moral de sucesivas generaciones de socialistas. Bettelheim nos proporciona otros ejemplos igualmente significativos de su uso. Al retomar las posiciones "leninistas", Stalin

contribuía así a poner en marcha un proceso de transformación de una envergadura gigantesca, proceso que debería crear las condiciones necesarias para defender la independencia de la URSS y agravar las contradicciones del campo imperialista. Lo cuál permitió a la Unión Soviética aportar una contribución decisiva a la derrota del hitlerismo, etc.²¹

No hay aquí nada que sugiera que Bettelheim haya considerado la posibilidad de que Stalin contribuyera como factor importante a los desastres que asolaron a la URSS, al movimiento socialista mundial y, ciertamente, al resto del mundo, en los años de su absoluto dominio. Sin duda se cometieron "graves errores". Pero,

en la situación en la que se encontraba la Unión Soviética a finales de los años veinte —y en la situación en que se encontraba el partido bolchevique en su conjunto— eran históricamente inevitables.²²

No es esta vulgar apología, de Stalin lo que tiene aquí mayor importancia, ni tampoco el hecho de que Bettelheim parezca creer que la URSS ha ido de mal en peor *desde* su muerte. De mayor seriedad, en el contexto actual, es la continuidad que se establece entre los primeros años de la revolución y los años del stalinismo, a la que ya nos referíamos anteriormente. Bettelheim señala que los "errores" cometidos por Stalin proporcionaron una "lección ejemplar para el proletariado mundial". Pero resulta instructivo averiguar cuál cree que ha sido esta lección ejemplar: los errores en cuestión han

puesto de *manifiesto finalmente, que ciertas formas de combatir al capitalismo eran ilusorias* y no hacían más que reforzar a la burguesía en el seno de los aparatos políticos y económicos.²³

Podría haberse pensado que el cataclismo stalinista proporcionaba algunas otras "lecciones ejemplares". Pero aquí aparece la cuestión principal:

²¹ Ibid., p. 33.

²² Ibid., p. 34.

²³ Ibid. p.34. Subrayado en el original.

Las lecciones extraídas por Lenin de la experiencia *análoga* —aunque limitada— del "comunismo de guerra", se han visto de ésta manera confirmadas.²⁴

La idea de que existe alguna remota analogía entre la experiencia del comunismo de guerra y el stalinismo es una burda tergiversación de la verdad.

Muchas cosas que resultaron perjudiciales se hicieron en esos años, incluyendo muchas que fueron injustas y crueles, algunas de ellas atribuibles directamente a Lenin. Pero no hay nada en el periodo en el que Lenin se encontraba a la cabeza de la revolución que se parezca a la experiencia posterior. Tampoco puede argumentarse seriamente que los primeros años "prepararon el camino" de los años que siguieron. En relación con el asunto que aquí nos concierne, esta idea es muy engañosa. Obviamente, la centralización del poder que tuvo lugar y el "estilo militar" que llegó a dominar la forma en que se hacían las cosas, supusieron una ayuda para la ascensión de Stalin al poder. Pero conceder demasiada importancia a esto es empañar las enormes diferencias de naturaleza que existen entre ambos periodos y el hecho de que para posibilitar la "liquidación" y el encarcelamiento de millones y millones de personas, la creación de un régimen policial omnipresente basado en el terror y en la delación y la supresión total de cualquier vestigio de crítica hacia Stalin y su política se requería un estado cualitativamente distinto de cosas. *Esto* fue el stalinismo: y *no* estaba implícito ni en la teoría ni en la práctica leninista. Cualquiera que sea el juicio que se haga del leninismo, por simple cuestión de exactitud histórica no debe transformarse en el progenitor o en la versión primitiva del stalinismo. Al hacer esto, Bettelheim trastorna grandemente la labor de dilucidación de la experiencia soviética, que los socialistas tan desesperadamente necesitan y que él mismo pretende proporcionarnos. No lo ha logrado: sólo ha cambiado unos prejuicios por otros.

²⁴ Ibid., subrayado mío.